

Final del Año

Al terminar el año cierras un volumen más del libro de tu vida. Cuando comenzaste este libro todo era tuyo, te lo puso Dios en las manos, podías hacer con él lo que quisieras: un poema, una pesadilla, una blasfemia, un sistema, una oración.

Podías... Hoy ya no puedes; no es tuyo, ya lo has escrito, ahora es de Dios. Te lo va a leer todo Dios el mismo día en que te mueras, con todos sus detalles. Ya no puedes corregirlo. Ha pasado al dominio de la eternidad.

Piensa unos momentos en la última noche del año. Toma tu libro y hojéalo despacio, deja pasar sus páginas por tus manos y por tu conciencia. Ten el gusto de verte a ti mismo.

No olvides que uno de tus mejores maestros eres tú mismo. Lee también aquellas páginas que nunca quisieras haberlas escrito. No... no intentes arrancarlas, es inútil. Ten valor para leerlas, son tuyas. No puedes arrancarlas, pero puedes anularlas cuando escribas tu siguiente libro. Si lo haces, Dios pasará estas de corrida cuando te lea tu libro en el último día.

Lee tu libro viejo en la última noche del Año. Hay en él trozos de ti mismo; es un drama apasionado en el que el primer personaje eres tú. Tú en escena con Dios, con tu familia, con tu trabajo, con la sociedad. Tú lo has escrito con el instrumento asombroso de tu libre albedrío sobre la superficie inmensa y movediza del mundo. Es un libro misterioso, que en su mayor parte, lo más interesante, no puede leerlo nadie más que Dios y tú. Si tienes ganas de besarlo, bésalo, si tienes ganas de llorar, llora fuerte sobre tu viejo libro en esta última noche del año.

Pero, sobre todo, reza sobre tu libro viejo. Cógelo en tus manos, levántalo hacia el cielo y dile a Dios solo dos palabras: ¡Gracias! ¡Perdón!. Después dáselo a Cristo. No importa como esté, aunque tenga páginas negras, Cristo sabe perdonar. Esta noche te ha de dar Dios otro libro completamente blanco y nuevo. Es todo tuyo. Vas a poder escribir en él lo que quieras.

Pon el nombre de Dios en la primera página. Después dile que no te deje escribirlo solo. Dile que te tenga siempre de la mano... y del corazón



Publicación Católica

Diciembre 2025

En aquellos días...

La Iglesia en la liturgia de Adviento nos anuncia a todos la venida de Jesucristo, Salvador nuestro y exhorta a cada cristiano a esa purificación de su alma mediante una renovada conversión interior.

En aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, para que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento fue hecho cuando Quirino era gobernador de Siria. Todos iban a inscribirse, cada uno a su ciudad. José, como era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, estando allí, le llegó la hora del parto, y dio a luz a su primogénito; lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había para ellos lugar en el aposento. (Lc 1, 2-7)

Ha nacido ya el Mesías, Hijo de Dios y Salvador nuestro. El se hizo niño (...) para que tú pudieras ser hombre perfecto; El fue envuelto en pañales para que tú fueras librado de los lazos de la muerte (...). El bajó a la tierra para que tú pudieras subir al Cielo; El no tuvo sitio en la posada para que tú tuvieras en el Cielo muchas mansiones. El, siendo rico, se hizo pobre por nosotros. -dice San Pablo (2 Cor 8, 9)- para que os enriquecierais con su pobreza (...). Las lágrimas de aquel Niño que llora me purifican, aquellas lágrimas lavan mis pecados» (Expositio Evangelii sec. Lucam, in loc.).

Jesús recién nacido no habla; pero es la Palabra eterna del Padre. El pesebre de Belén es una cátedra. «Hay que entender las lecciones que nos

pensamientos provechosos

Guardaos bien de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados de oveja, pero por dentro son lobos voraces. Mt. 7, 15

jaculatoria DEL MES

San José ayúdame a perseverar y ser siempre fiel.



da Jesús ya desde Niño, desde que está recién nacido, desde que sus ojos se abrieron a esta bendita tierra de los hombres» (Es Cristo que pasa, n. 14).

Su lección principal es la humildad: «Dios se humilla para que podamos acercarnos a El, para que podamos corresponder a su amor con nuestro amor, para que nuestra libertad se rinda no sólo ante el espectáculo de su poder, sino ante la maravilla de su humildad.»

Grandeza de un Niño que es Dios: su Padre es el Dios que ha hecho los cielos y la tierra, y El está ahí, en un pesebre, porque no había otro sitio en la tierra para el dueño de todo lo creado» (Es Cristo que pasa, n. 18).

Ojalá Jesús halle en nuestros corazones lugar donde nacer espiritualmente. Debemos aspirar a que Cristo nazca en nosotros, que es como decir que nosotros debemos nacer a una nueva vida, ser una nueva criatura (Rom 6,4), guardar aquella santidad y pureza de alma que se nos dio en el Bautismo y que ha sido como un nuevo nacimiento. Recemos despacio el tercer misterio del santo Rosario, contemplando el Nacimiento de nuestro Salvador

Chiste Un libanés sufre de un paro cardiaco, y es llevado a un hospital de emergencia. El doctor al ver que se empieza a asfixiar, ordena: - ¡¡Rápido, rápido, la mascarilla !! Y responde el enfermo: - ¡¡No, no!! ¡La más baratilla por favor!

En el consultorio, el paciente le muestra a su médico el resultado de unos exámenes de laboratorio. El médico los analiza con cara de preocupación y le dice al paciente

- Vamos a tener que mandarle a hacer una plaquita...

- ¿De tórax, Doctor ?
- ¡No!. De mármol...

- Doctor ¿Ud. piensa que después de esta operación voy a volver a caminar?- Claro que sí... ¡porque va a tener que vender el carro para poder pagar la factura de la Clínica..!



El pesebre



En una clase de niños de tercero de Primaria, -el curso en el que se preparaban para la Primera Comunión- pusieron el nacimiento días antes de Navidad. Cuando ya estaba todo bien colocado, el profesor preguntó:

-¿Les gusta así o quieren cambiar alguna cosa? Y uno de los pequeños, pecoso y con cara de trasto, dijo muy serio:

-Yo cambiaría al Niño Jesús y a Herodes.

-¿Cómo al Niño Jesús y a Herodes? -preguntó el maestro.

-Sí -dijo el pequeño-. Pondría al Niño Jesús en el palacio y a Herodes en el pesebre.

* * * *

Los sentimientos del niño eran muy humanos y nobles. Pero las cosas han ocurrido de otra manera. Como decía San Agustín, el pesebre de Belén no es sólo el lugar donde Jesús nace; es la primera cátedra desde donde nos enseña. Aún no sabe hablar y ya nos da unas lecciones magistrales. Conviene pararse a contemplar ese pesebre: es mucho lo que se puede aprender.

Cuando las cosas no te salgan como te hubiera gustado, mira al portal.

Cuando te tropieces con dificultades en la vida, mira al portal.

Cuando sientas el frío de la indiferencia, mira al portal.

Cuando te parezca que todas las puertas se te cierran, mira al portal.

Cuando te creas solo y abandonado, mira al portal.

¿Quién soy yo...?

La Virgen María conoce por el Arcángel San Gabriel que su pariente Isabel va a tener un hijo en su vejez. Inmediatamente se pone en camino. Cruza Palestina y va a felicitarla y ayudarla en su trabajo. Cuando llega a su casa y le saluda, Isabel, llena del Espíritu Santo, exclama: -«¿Quién soy yo para que la madre de mi Señor venga a visitarme?» (Lc. I, 39-45).



* * * *

Ese desconcierto -y mucho más- debiera sentir el hombre, cada hombre, ante la Navidad. ¿Quién soy yo para que todo un Dios venga a mí y por mí?

Parafraseando a San Juan, podemos decir: Tanto amó Dios al hombre que no ha parado hasta hacerse Él mismo hombre.

Un salto de verdadera locura. La distancia de Dios a hombre es infinita. Poco entendemos esa realidad.

«¿Qué tengo yo que mi amistad procuras? ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío...?».

¿Qué vale más?

Un relato que hace un sacerdote nos puede ayudar a valorar este Sacramento de la Eucaristía.

Hace muchos años, en la ciudad de Luxemburgo, un capitán de la guardia forestal se entretenía en una animada conversación con un carnicero cuando una señora ya mayor entró a la carnicería. Ella le explicó al carnicero que necesitaba un pedazo de carne, pero que no tenía dinero para pagarla.

Mientras tanto, el capitán encontró la conversación entre los dos muy entretenida. «¿Un pedazo de carne?», pero ¿cuanto me va a pagar por eso? preguntó el carnicero. La señora le respondió: «Perdóname, no tengo nada de dinero, pero iré a Misa por usted y rezaré por sus intenciones». El carnicero y el capitán eran buenos hombres, pero indiferentes a la religión y se empezaron a burlar de la respuesta de la mujer.

«**Está bien**», dijo el carnicero, «entonces usted irá a Misa por mí, y cuando regrese le daré tanta carne como pese la Misa». La mujer se fue a Misa y regresó. Cuando el carnicero la vio viniendo cogió un pedazo de papel y anotó la frase «ella fue a Misa por ti», y lo puso en uno de los platos de la balanza, y en el otro plato colocó un pequeño hueso. Pero nada sucedió e inmediatamente cambió el hueso por un pedazo de carne. El pedazo de papel pesó más.

Los dos hombres comenzaron a avergonzarse de lo sucedido, pero continuaron. Colocaron un gran pedazo de carne en uno de los platos de la balanza, pero el papel siguió pesando más. Entrando en desesperación, el carnicero revisó la balanza, pero todo estaba en perfecto estado.

«**¿Qué es lo que quiere** buena mujer, es necesario que le de una pierna entera de cerdo?», preguntó. Mientras hablaba, colocó una pierna entera de carne de cerdo en la balanza, pero el papel seguía pe-

sando más. Luego un pedazo más grande fue puesto en el plato, pero el papel siguió pesando más.

Fue tal la impresión que se llevó el carnicero que se convirtió en ese mismo instante y le prometió a la mujer que todos los días le daría carne sin costo alguno. El capitán dejó la carnicería completamente transformado y se convirtió en un fiel asistente de Misa. Dos de sus hijos se convertirían más tarde en sacerdotes, uno de ellos es jesuita y el otro del Sagrado Corazón. El capitán los educó de acuerdo a su propia experiencia de fe. Luego advirtió a sus dos hijos que «deberán celebrar Misa todos los días correctamente y que nunca deberán dejar el sacrificio de la Misa por algo personal».

El padre Stanislao, quien fue quien contó todos los hechos, acabó diciendo: «yo soy el sacerdote del Sagrado Corazón, y el capitán era mi padre».

Vivamos, pues, teniendo muy presente en nuestras vidas el valor incalculable que tiene la asistencia a una Santa Misa.

P. José Martínez Colin

reflexión

Todos llamamos a la noche de Navidad: ¡Noche buena! ¿Por qué? ¿Qué significado pretendemos darle a esa noche, con tal apelativo?

Como lo dice el canto popular, es que aquella noche fue noche de paz, noche de amor; así lo cantamos todavía hoy, como para darnos alienar y entusiasmar nuestros pechos.

Si es noche de paz, es Nochebuena; si es noche de amor, es Nochebuena; pero habrá que reflexionar unos momentos: la Nochebuena de este año, ¿fue noche de paz? ¿fue noche de amor?

Si no lo fue, es inútil que pretendamos decir que fue Nochebuena; si no ha habido amor en nuestros corazones; si no hemos fundamentado la paz en nosotros mismos y con los que nos rodean; si entre las naciones no ha surgido el esfuerzo genuino y efectivo por la convivencia pacífica y humana, la Nochebuena que nos trajo el Niño Dios se habrá convertido en un mero símbolo, sin expresividad, sin significado ni sentido.

De nosotros depende que las noches y los días sean buenos o no lo sean.

